

Me ocupa un matrimonio mal avenida que ya ha cumplido sus bodas de oro: el de Ludwig Pfandl (1881-1942) con Sor Juana Inés de la Cruz,² una forzada relación que, como intentaré demostrar, no estuvo exenta de violencia desde una posición de poder que asestó el hispanista alemán (cuyo trabajo, dadas las circunstancias documentales y teóricas de aquél momento, no está desprovisto totalmente de interés tanto científico como sociológico) a Sor Juana. La historia de Pfandl con Sor Juana es indudablemente de amor, de pasión incluso, (ímpetu que acaso ocupó un lugar secundario, situado después del frenesí dogmático que a todas luces *a fait rage* en L. Pfandl) y que como toda pasión no pudo evitar los extravíos.

A excepción del prologuista de la edición mexicana, Francisco de la Maza, nadie obsequió a Pfandl palabras de tan generosa adhesión. Lo común es que sorjuanistas de toda laya, credo,

* Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

1 Una versión preliminar del presente texto fue leído en el “Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz, I”, presidido por la Dra. Georgina Sabat de Rivers, que se llevó a cabo en el marco del XII Congreso Internacional de Hispanistas, en Birmingham, el 22 de agosto de 1995.

2 El presente trabajo se complementa con mi comunicación, “La herencia de Ludwig Pfandl”, leída en el marco del Congreso “Sor Juana y su mundo a 300 años de su muerte... Una mirada actual”, en la Universidad del Claustro de Sor Juana, el 17 de noviembre de 1995. Cf. Las memorias del congreso.

ideología y adscripción metodológica, no desprovistos de razones, lo impugnen. Y en el horizonte no se percibe al psicoanalista que en la actualidad esté dispuesto a emprender una acalorada defensa de las tesis pfandelianas.

*Sor Juana Inés de la Cruz. La décima musa de México. Su vida. Su poesía. Su psique*³, monumento por el cual el hispanismo alemán siente un orgullo nostálgico⁴, ya que pertenece a una edad de oro de la romanística germanoparlante, fue escrito en los años que siguieron a la muerte de Sigmund Freud, época en que el acercamiento psicoanalítico a la literatura y al arte floreció en forma de patografías. Dentro de este campo, el estudio sobre la monja jerónima podría agruparse junto a trabajos clásicos del género como el de Marie Bonaparte sobre Edgar Allan Poe⁵, o el de René Laforgue sobre Baudelaire⁶. De tal forma que se puede expresar de la estrategia pfandeliana el reproche que se le ha hecho a los estudios biográficos emprendidos desde posiciones “analíticas”:

El método biográfico deja escapar lo que constituye la esencia de una obra, su originalidad: la forma y el estilo de esa obra.⁷

- 3 Aunque terminado en 1942, el libro apareció en 1946 en alemán y la traducción al español, en 1963. La segunda edición de ésta (Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM) data de 1983.
- 4 Cf. *supra*. Heinrich Merkl, “Los estudios sorjuanistas en el ámbito de los países germanoparlantes desde 1930”.
- 5 Marie Bonaparte, *Edgar Poe: étude psychanalytique*, Denoël et Steele, París, 1933.
- 6 René Laforgue, *L'échec de Baudelaire*, Denoël et Steele, París, 1931.
- 7 Cf. Anne Clancier, *Psicoanálisis, literatura, crítica*, 2a ed. Cátedra, Madrid, 1979. p. 67. Aunque uno podría polemizar interrogando a la autora sobre la categórica afirmación sobre la «esencia» de la literatura. No por ello es menos cierto que la psicobiografía descuidó el estudio formal de la literatura.

Clancier además pone en guardia al lector contra quienes se conforman con encontrar simetrías y coincidencias entre la vida y la obra, sin tener en cuenta que aquéllas no agotan el sentido de ésta. Pero a diferencia de estos autores, Pfandl no se libra a una sistemática traducción simbólica de la obra de Sor Juana (como lo hace la Bonaparte, por ejemplo); su objetivo, que no debe ser reducido a la aplicación del método psicoanalítico, (como algunos autores de mala fe lo aseguran) es anudar, como el subtítulo del estudio lo sugiere un triple aspecto (vida, poesía y psique) que es lo que se constituye propiamente como explicación⁸. En ello justamente encuentran asiento tanto las intuiciones como los excesos de Ludwig Pfandl.

En todo caso cabría recordar el programa que Ludwig Pfandl se impone a sí mismo y su “davinciana” estrategia:

puede que en este caso esté justificado poner también junto al procedimiento *per via di porre el ensayo per via di levare*: no sólo sumar, sino también restar; y no únicamente declarar, sino asimismo aclarar, descortezar y separar estratos, desatar nudos, sacar a luz del día lo que está escondido y transformar lo inconsciente en visible y consciente. (p. 13).

Objetivo que de haber sido seguido, se podría colocar mucho más del lado de la clínica psicoanalítica, como lo expresa Freud,

8 Para Paz, al actualizar la triada enumera a la historia, la vida y la obra, elementos que aparecen en el título de la introducción a *Las trampas de la fe*, México, FCE, 1982. Al concluir el prólogo, Paz señala que “La comprensión de la obra de Sor Juana incluye necesariamente la de su vida y la de su mundo.” (p. 18). Y uno no puede menos que pensar si ello es verdaderamente imprescindible, si no sería posible una lectura directa de Sor Juana; e intentar «comprenderla» —*whatever that means*— directamente, en la soledad y el placer del texto, por ejemplo.

(recuérdese la famosa sentencia de que el yo debe advenir allí donde estaba el ello) que de una verdadera práctica textual. Por otra parte, en sí mismo resulta un proyecto imposible y ambicioso, ya que el inconsciente textual es justamente *in-consciente*.

Pero no es de sorprender que Sor Juana haya provocado tales efectos perturbadores. El caso Sor Juana, uno de los talentos más brillantes de México, quizá el mayor, resulta particularmente seductor⁹ por diferentes motivos: para un obsesivo como Pfandl, esa monja “exhibicionista” no desprovista de rasgos histéricos (aunque no lo fuera sino por esa manía de mostrarse que Pfandl denuncia¹⁰) con un abigarramiento de enigmas¹¹, emerge como nueva Quimera para un Edipo triunfante, tal como se nos presenta el no siempre (principalmente en su posteridad) afortunado hispanista pionero de la década de los treinta. No sería demasiado aventurado afirmar que ante esos puntos insondables de Sor Juana, el desafío para Pfandl era grande no sólo desde una perspectiva intelectual sino por esa tendencia obsesiva suya por dilucidar y meter esas sombras dentro de las clarificadoras redcillas de una teoría que él no deja de enarbolar sin ciertos resabios fetichistas. Desde esta peculiar perspectiva, el Edipo-Pfandl se acerca pues a la Quimera-Sor Juana para lograr lo que nadie ha podido y de tal manera apropiársela al irrumpir con “luces” en esas enigmáticas oscuridades¹². Hay que tener en

9 “Seducción” en su doble vertiente, sensual e intelectual, es el término que también O. Paz emplea para explicar la relación del lector con Sor Juana.

10 El texto de Ludwig Pfandl, en efecto, tiene más de *denuncia* que de interpretación.

11 Ludwig Pfandl señala desde el principio que “Su personalidad [de Sor Juana] y su obra tanto más fascinan cuanto más insondables son.”

12 (p. 2). Y concluye el prólogo diciendo que es un “Haz de enigmas”. Aunque hay que señalar que en el mito faltarían Yocastas, Edipos en Colono... Un girón de mito entonces...

cuenta que los estudios literarios sobre la obra de Sor Juana no han podido desprenderse de las referencias a la vida de la monja: tal es la fuerza de la «seducción» que ella ejerce¹³.

Pfandl, ya en los años treinta, tenía razón al afirmar que:

Sobre ella [Sor Juana] se ha vertido una abundantísima, profunda, honrada, muy refinada e ingeniosísima crítica; sobre ella ha convergido mucho amor, admiración e inteligencia, y un infatigable y no escaso interés antológico... (p. 2).

Mucho de lo cual podría tomarse como autobiográfico: aplicándole a él mismo sus afirmaciones, la declaración podría resultar publicidad académica no pagada, ni desprovista tampoco de cierto “exhibicionismo” que apunta al encerramiento narcisista con dejos de aislamiento y tendencia hacia la cavilación neurótica que derivan de ello. Todo esto, adjetivos y elaboraciones teóricas, Pfandl lo dijo de Sor Juana. Pero dar crédito sin más a esta caricaturización, quedarse con estas afirmaciones (que no por ser hechas con mala fe quizá no carezcan de algún dejo de razón), sería tan reductor como el mismo Pfandl lo es. Y es que uno tampoco puede dejar de reconocer, e incluso en cierto aspecto de admirar, cómo el erudito hispanista alemán que al frisar de la década de los cuarenta, con la guerra mundial, movilizaciones, racionamientos, frentes que se abren, da la espalda a una realidad para huir a una Nueva España del siglo XVII (por otro

13 Pero ¿acaso no es ésta una manera —ya canónica— de acercarse a nuestra autora: la del obsesivo atraído por una Sor Juana seductora? Creo que una de las vetas aún no explotadas del estudio sobre los estudios de Sor Juana podría ser esta tipificación de las maneras de acercarse a Sor Juana y de los modos de identificación implícita en cada uno de los acercamientos que se han operado a partir de la fragmentación, (o en su defecto, totalización, o intento de totalización) del universo—Sor Juana.

lado, hay que decir que Pfandl nunca estuvo en México), y dedica un meticuloso estudio, en su momento uno de los más amplios, a una monja del *seicento* mexicano, fascinado por una realidad que le hablaba más que los discursos y fanfarrias bélicas. Sor Juana se convierte para el investigador en un refugio, un sitio que ofrece otras perspectivas de las que brinda una realidad muniquesa en plena ebullición nazi. Sor Juana es el espacio vacío en el que vuelca Pfandl sus obsesiones, en el que él mismo se vuelca; Sor Juana es el pretexto que le permite una especie de autobiografía por interpósita persona. Ello es posible porque Sor Juana no ha dejado, desde los años cuarenta hasta los noventa, de ser "actual". Ahora, a fines del milenio su historia se constituye automáticamente como caso: de derechos humanos, en primer lugar ya que es la solitaria figura de la perseguida por antonomasia. Su caso concierne a la libertad de expresión; pone en relieve la condición de las mujeres, sus derechos, la igualdad y, por último, las condiciones de su muerte, abatida por una epidemia, la acercan a un mundo actual en que también se muere de peste.

En aquella época la constitución de una biografía de Sor Juana articulada como una serie de crisis (crisis que, supuestamente, llevaron a Juana Inés de la corte al convento primero, y ya en el convento a un abandono de la literatura y a la venta de su biblioteca e instrumentos científicos), sin duda respondía a una necesidad sobredeterminada. Ese doble movimiento de abandonar el mundo por parte de Sor Juana, tuvo, sin duda una resonancia muy particular en una época en la que el mundo se encontraba en llamas y en el que, por lo tanto, un convento no era sitio suficientemente seguro: para "salvarse"; había que ir más allá. Los hechos de la vida de Sor Juana, sin los hallazgos documentales con los que contamos ahora, se prestaban perfectamente para ser colocados en una cadena significativa, alimentada tanto por el dogmatismo católico de Pfandl como por las circunstancias de

la guerra. Sin embargo, ya lanzado en esta vía de la puesta en ficción, cuán equivocado iba Ludwig Pfandl al señalar que:

No es una biografía [*La Décima Musa*]; es un estudio, como hemos dicho, psicoanalítico, para lo cual no importan las erudiciones, lucubraciones y descubrimientos documentales...

Y también afirma Ludwig Pfandl que la decisión final de Sor Juana era en realidad un “suicidio simbólico” (inmolación que en esa época cometía el propio Pfandl al utilizar un método que estaba proscrito por el nazismo, y al atacar las tesis vosslerianas, en ese momento, (el) *capo* en la universidad bávara). La renuncia al estudio por parte de Sor Juana, fue una decisión edípica que equivalía a sacarse los ojos. La crisis final, según él, era debida a la menopausia¹⁴. Todo ello resulta particularmente errado como lo demuestran los recientes descubrimientos de Elías Trabulse¹⁵. En este contexto no podríamos exclamar con Francisco de la Maza “¿Que tiene Pfandl pequeños errores? A nadie importan gran cosa; ni perturban ni demeritan su obra.” (*Op. cit.*, p. XVII). No obstante, las afirmaciones de Pfandl fueron aclamadas por una crítica que veía en las aspiraciones santificadoras de la versión católica de Sor Juana, una simple interpretación proselitista, una visión *wishful thinking*. Y tenían “su” razón porque Sor Juana ha resultado mucho más que una simple estampita milagrosa. Si la patologización de Sor Juana servía para los intereses particulares de Pfandl, a los críticos que leyeron con entusiasmo las “interpretaciones” de Pfandl, esa neurosis meno-

14 Pfandl señala que “la verdadera crisis la asaltó hacia la primera mitad del año de 1694.” p. 11.

15 Elías Trabulse, *Estudio introductorio. Carta Atenagórica de Sor Juana (edición facsimile de la de 1690)*. Edición conmemorativa, Condux, México, 1995.

páusica servía para mantener a Sor Juana en el mundo y evitar que se construyera un ícono católico a la manera en que la historia oficial ha construido a sus broncíneos héroes. Colmo de las paradojas: la crítica “secular”, por decirlo de alguna manera, se sirvió de tesis dictadas por un alma católica para atacar ciertos excesos en que cayeron algunos católicos mexicanos.

A continuación exploraré algunos aspectos de la obra de Pfandl que me parecen de particular interés.

Escritura y narcisismo

De entrada habría que disentir de la unánime y monolítica animadversión contra Pfandl: se debe reconocer que Pfandl tuvo buenas intuiciones (aunque de “buenas intenciones” esté lleno el camino...) y sobre todo que, en algunos aspectos, sacó a la crítica sobre Sor Juana de callejones sin salida en los que se había engolfado, como es el caso de la cuestión sobre su poesía amorosa. En aquella época, la crítica se rompía la crisma para averiguar —y lo sigue haciendo— ¿Sor Juana amó o no? Y si no ¿cómo pudo ella escribir con tanta penetración sobre semejantes temas?¹⁶ Ludwig Pfandl puso en relieve que no hay prueba ni de que haya amado ni de lo contrario —lo cual es una corroboración elemental que era indispensable hacer— e inmediatamente ofrece una explicación sobre la poesía amorosa de Sor Juana, según la

16 Lo cual nos trae a la memoria que la poesía y la vida no estaban unidas exclusivamente por la lente psicoanalítica: el binomio venía de atrás, de la crítica decimonónica. Con semejante lógica habría que preguntarse si acaso los autores que escriben sobre asesinatos se les debe encarcelar bajo el expediente de que no conocerían las reacciones del criminal si no hubieran ellos mismos cometido el crimen.

cual esta lírica encuentra su origen en una compulsión neurótica a la cavilación, lo cual también resulta insuficiente; es apenas un principio de explicación. Insuficiente sobre todo dentro de sus propios parámetros dentro de los cuales, su interpretación global cubría psique, vida y obra. Y es justamente esto lo que debe ser tomado en cuenta: es el hecho mismo de intentar ofrecer una explicación que integra otros aspectos, y abandona la evidencia mecánica de establecer que sólo de la experiencia directa del amor se podía derivar una poesía amorosa.

Sor Juana emerge manifestando una gran seguridad particularmente “atractiva” en su poesía basada en una concepción amorosa que se articula como un saber de contradicciones. Un saber que en el fondo no permite la entrega, y de hecho la vuelve imposible para el sujeto que la expresa, puesto que éste esgrime su certidumbre sobre la vanidad del amor y sobre todo señala la ausencia de seguridades, escollo que merece una atención desde el momento en que el sujeto que articula el discurso lo manifiesta, ha dado muestras inequívocas de rasgos obsesivos. Esta poesía amorosa, trata de la dificultad de la elección, lo negativa que resulta a la postre toda elección; de lo poco favorable y satisfactoria de la relación amorosa, y de la falta de esperanza. Todo conspira en contra del amor: la naturaleza humana, como aparece en la poesía de Sor Juana, está hecha para gemir por el amor y sin embargo demuestra tan poca aptitud y muestra tan poca sabiduría para alcanzarlo, puesto que se trata de un saber, sin lugar a dudas. La esperanza mantiene la ficción para prolongar la muerte, dice Sor Juana en “Diuturna enfermedad de la esperanza”. Por otro lado, y en un contexto social, la misma escritura de esta poesía activaba todo un síndrome provocador teniendo en consideración el estado monjil de Sor Juana, por un lado, y los extremos misóginos enfermizos de Aguiar y Seijas. Al gusto por el cultivo de las paradojas que proliferan dentro de

los poemas habría que añadir esta dimensión desafiante como impulsores de esta poesía.

En contra de toda ilusión, la de Sor Juana es paradójicamente poesía de la ilusión. Ilusión onírica en el *Primero Sueño*... Ilusión del delirio a dos en la lírica amorosa. Su poesía aparece como una forma de protegerse. Como un estribillo que se repite a sí misma para demostrarse la inanidad y la falta de futuro, de satisfacción y de posibilidades que tiene el sujeto al aventurarse en tal vía. Poesía de desencanto, pero sobre todo de autoconvencimiento del desencanto. Y de esta forma creo que esa cavilación neurótica apuntada por Pfandl ocupa un sitio diferente: el recorrido de los sinuosos meandros de esa cavilación implica la escritura, nada más ni nada menos.

¿En qué consiste la estrategia pfandeliana? En muchos momentos en etiquetar, como lo señala Paz: cavilación neurótica, narcisismo... Resulta sintomático que en una "interpretación psicoanalítica" no se hable de deseo. ¿Acaso Sor Juana no es la mujer inteligente cuyos recursos prodigiosos resultan impotentes para atrapar, o por lo menos, rasguñar ese objeto? ¿No es acaso la que siempre está separada de sus deseos por un gran foso que al final resulta infranqueable? Ese foso está hecho justamente de prejuicios o de una injusticia social: el deseo de educarse, de ir a la universidad; deseo de saber, de leer y de dedicarse exclusivamente a la lectura; deseo de escribir... Sor Juana aparece como personaje sometido por una jerarquía eclesiástica. Sor Juana es un espíritu derrotado. En su caso, ganaron las fuerzas oscurantistas, una pulsión de muerte en la que quizá lo más interesante es que no provenga exclusivamente de ella misma, sino de una sociedad que desea inmolar a sus mejores ejemplos. Una sociedad que pide y deja correr la sangre de una poeta que fue su gloria, el emblema de la Nueva España. No se trataba de un ser desconocido, sino justamente porque fue reconocido por esa

sociedad y posteriormente devorado por los fuerzas morales, por las fuerzas superyoicas que se impusieron sobre una de las líricas más brillantes que haya producido México en toda su historia literaria. Reconocer este hecho nos obliga a colocar a la sociedad barroca novohispana en otra perspectiva. Se trata de una sociedad en que uno de los nexos sociales fue la complicidad y el temor. Desde esta perspectiva la santificación y la supuesta conversión de Sor Juana no es más que un retorno del sentimiento de culpa que idealiza para no admitir la complicidad. Para no ver. Y esto quizá haya que tomarlo en cuenta como un elemento para saber por qué la crítica católica necesitaba santificar a Sor Juana y la irritación persecutoria con la que los católicos —Junco y Méndez Plancarte, por ejemplo— se volcaron contra los investigadores que marcaban nuevos senderos para la investigación como es el caso de Dorothy Schons y del mismo Ludwig Pfandl.

No puede condermarse masivamente la *Sor Juana Inés de la Cruz. La décima musa de México. Su vida. Su poesía. Su psique*; debe examinarse cada una de sus propuestas aisladamente. Por ejemplo, de los dos primeros autos sacramentales de Sor Juana, Ludwig Pfandl señala que “son en cierto modo convencionales y no se halla en ellos precisamente la íntima participación de la poetisa. Por “íntima participación” debe ser entendida “la emersión de las ideas y de los impulsos fuera de las profundidades del inconsciente.” (p. 73) Sin embargo, para el lector no queda claro el razonamiento ¿cómo decide Ludwig Pfandl si hay inconsciente, cómo reconocer una producción dotada de más inconsciente que otra? por otra parte, no deja de ser una opinión el que Pfandl afirme que en el *Divino Narciso* Sor Juana “escancia a borbotones, sus más íntimos sentimientos y sus conflictos psíquicos”. Y más adelante señala el papel decisivo que representa en su poesía y en su vida íntima el mito de Narciso.

A pesar de tales arbitrariedades, Pfandl conserva la suficiente claridad para rechazar las explicaciones históricas que se hacen de forma mecánica al enumerar cómo en junio de 1691 hubo lluvias torrenciales; el desabasto subsiguiente; y en el curso del mismo año, el 23 de agosto de 1691 hay eclipse de sol; el gorgojo ataca los trigales, hay carestía; un motín... Pero “esto... no fue... un asunto que para nuestra monja-poeta llegase a ser una experiencia catastrófica y un momento crítico.” (p. 90). Su estrategia opta por analizar algo desde una dinámica más profunda, interiorizada:

nos aventuramos en la tentativa de llegar por dentro hasta el fondo del enigma que nos plantea la monja mexicana a través del examen y descubrimiento de su *psique*, de la consulta de su poesía y prosa y de la debida interpretación de sus confesiones. (p. 91).

Sin embargo, de la monja mexicana le interesa su vida a la que reduce a un caso: “Juana Inés... un instructivo y en extremo interesante caso de psiconeurótica doble vida...” (p. 91). Su conclusión que aleja a la Musa décima de la normalidad, no deja de parecer inútil. Y finalmente Pfandl resulta un ingenuo al interpretar la obra de Sor Juana de acuerdo a su vida. De tal manera que su poesía lírica se reduce a “emanaciones del autoerotismo narcisista” (p. 91); y ciertas poesías son “Nuevos disfraces y ocultamientos con los cuales se evade interiormente del constante asalto de los reprimidos deseos e impulsos originales” (p. 131). Mientras que un ansia de confesión se traduce en versos afectivos, aparece en otras composiciones su odio contra los hombres, uno de los ecos del supuesto complejo de masculinidad de Sor Juana. En *Primero sueño* y *Divino Narciso* “proyecta hacia afuera toda su pena psíquica en un grandioso acto de

emancipación espiritual.” En suma hay “una secreta angustia” en todo lo que Sor Juana escribe.

La *Carta atenagórica* se convierte, por su parte, en una combinación de emasculación espiritual de los hombres a través de interpósita persona, Vieyra, con una mezcla de concreción de su compulsiva cavilación neurótica. Los argumentos de la carta son “infructuosa destilación de pensamiento” (p. 124). ¿Cómo no señalar la contradicción de Pfandl? Si califica a la carta de “infructuosa destilación”, ésta no puede serlo tanto, si el beneficio que retira Sor Juana es, según Pfandl, la emasculación de los hombres, aunque esto se realice en el orden de lo imaginario?

Sin embargo, es aguda la percepción de Ludwig Pfandl de que lo importante era y no era Vieyra: lo era porque ella necesitaba medir sus fuerzas con una figura de tal tamaño, investido con tal importancia. Pero al mismo tiempo, es a otro al que ataca: y ese otro según Elías Trabulse es al mismo padre Nuñez, que como Vieyra, es un jesuita: todo ello queda probado en la recién descubierta, publicada y descifrada *Carta de Sor Serafina de Cristo*¹⁷.

La respuesta a Sor Filotea, por ejemplo es concebida como “ansia de confesión y [debida] a su narcisista placer de exhibición”, lo cual es particularmente reductor: siendo la carta una de las piezas fundantes de la literatura mexicana, uno de los primeros documentos de un yo que defiende su subjetividad ante el embate de una jerarquía tan autoritaria como enfermiza, de las fuerzas oscurantistas de la Iglesia: el documento de una mujer que se encuentra en divorcio con su época, no puede ser reducida a un cocktail de narcisismo con compulsión neurótica

17 Cf. *El enigma de Serafina de Cristo: acerca de un manuscrito inédito de Sor Juana Inés de la Cruz (1691)*, Instituto Mexiquense de Cultura, México, 1996.

a la confesión: y en esto sí hubiera Pfandl echado mano a su triple objetivo original de anudar vida —que abarcaba la vida social novohispana—, poesía y psique.

Por otro lado hay que señalar la dicotomía tan fuerte en que Ludwig Pfandl describe normalidad y neurosis, haciendo de la normalidad algo concreto y perfectamente delimitable: esto lo pierde. Ello lleva consigo una “patologización” de lo que se aleja de la “normalidad” y no es necesario estudios profundos para comprender que Sor Juana no es en forma alguna alguien “normal”, pero tampoco es un ser tan sombrío ni satánicamente anormal.

En términos generales, la dinámica de la creación en Sor Juana en Pfandl queda caracterizada desde una óptica negativa: “no hay ninguna duda de que estos versos nacieron bajo la espiritual presión de un difícil y especial pensamiento obsesivo y ofrecen, por cierto, aunque hasta cierto punto, la explosiva acción liberadora de una tal crisis de pensamiento.” El estudio se vuelve una obsesiva búsqueda de los rasgos de la patológica psique de Sor Juana. Pfandl pierde la sensatez que demostró al principio al utilizar el material poético de Sor Juana para ilustrar sus hipótesis: El soneto “Detente sombra de mi bien esquivo” se convierte, por ejemplo, en “una brillante pieza de narcisista plática consigo misma, un soneto en el que importuna con tierna súplica a la fugitiva sombra de su propio yo para que ésta se detenga y demore.” (p. 160). A todas luces resulta evidente que ya no se trata de un análisis sino de una utilización del texto literario para sus propios fines. A todas luces la postura de Pfandl se modifica a lo largo de su obra y se puede decir que pierde la brújula al abandonar sus objetivos iniciales.

Ludwig Pfandl ve en el hecho de que Sor Juana mantenga en los sonetos conversaciones consigo misma una manifestación de narcisismo al que no deja de percibir negativamente como

anormal, como patológico, palabras que se convierten en verdaderos emblemas. En mi parecer, Pfandl deja de lado lo importante: Sor Juana, al hacer lo que Pfandl condena, pone un mojón en la historia de la construcción de la subjetividad. Más que el amor satisfecho, perfectamente normal, cuentan las irresolubles penas de amor con las que Sor Juana se queja, y lo trascendente es que esas quejas se expresen como testimonio de una subjetividad novohispana y mexicana. La normalidad de la satisfacción sexual, amorosa ha quedado en la opacidad puesto que la “normalidad” novohispana se consagró a la “felicidad” y al parecer no pasó a la escritura.

En la lírica amorosa de Sor Juana son intercambiables las razones, como Pfandl justamente lo señala. Todo lo que se afirma cuenta efectivamente con una contraparte. Ese es el fondo de la cuestión amorosa de Sor Juana: ella dice que “No hay en mi memoria alguna parte en que aún como olvidado te presentes”; y lo que parece tan categórico, tan irrefutable, recibe una ingeniosa respuesta que pasa por las mismas palabras. En la relación sorjuanésca hay una apropiación de palabras, hay un periplo argumental, que es tomado por el amante. Quien responde lo hace según las reglas que puso el otro, lo hace en el terreno del otro, y con el itinerario y resonancias del otro. A nivel imaginario, nada se resuelve como afirma Pfandl, no se puede ignorar el sometimiento del amante ante una esquiva amada que reprocha, que se logra y constituye “poéticamente”. Si se quiere, se trata de sutilezas, en todo caso, sobre el fin del amor. Pero la relación se despliega como un recorrido inteligente, como diálogo de astucias. El amor se vuelve entonces una relación imaginaria entre inteligencias, es ante todo juego intelectual, intercambio de razones. Un amor conceptistamente barroco que coloca —y mantiene— a la insatisfacción en el primer plano. Pero no cabe atribuir ésta a que sea homo o hetero, lo cual es secundario. Se

trata de una relación claramente constituida, y se trata en el caso de Sor Juana de una constante triangulación en que el sujeto se siente inoportuno o abrumado. No se “triumfa” ni como amante ni como amado. Sor Juana entra en esos terrenos con la conciencia de que no hay solución a ello, o mejor dicho los crea para apuntalar su convicción. Pero, en el recorrido, hay un intercambio, una relación intersubjetiva muy fuerte, por lo menos en la imaginación.

Para una identificación sin adjetivos

El de Pfandl, un estudio que pretende ser serio, erudito, cuidadoso, se desliza casi imperceptiblemente hacia una posición cercana a la del padre Antonio Núñez. Pongo un ejemplo:

“ahora es cuando llega también a ser claro y comprensible para nosotros el juicio pesimista del perspicaz confesor de la monja: la hermana Juana Inés si se hubiera quedado en el mundo, hubiera sido para su tierra un verdadero azote de Dios.”

Pfandl vira inconscientemente hacia posiciones de poder. La identificación con el confesor que viene seguramente de su fuerte catolicismo bávaro; sus juicios en cuanto al orden; su gusto por la profundidad y el colocarse en forma sorpresiva en una postura que más tendría de moral, su gusto por la seriedad que le lleva a propinar unos discretos coscorriones a la monja, no dejan de sorprender. Su posición al “psicoanalizar” es de poder. Conocedor de lo patológico y de lo normal, consciente de encontrarse en la normalidad al mismo tiempo como analista que como estudioso de la literatura y como católico, Pfandl no duda

para hablar de “el camino correcto del desenvolvimiento psíquico” (p. 154).

En el libro resultan intolerables frases como “ella hubiera hecho mejor sus cosas si se hubiese apresurado menos y dedicado más al estudio con sosegada reflexión” (p. 139) (lo cual es un reproche que nosotros ahora podríamos dirigir a Pfandl) a través de las cuales queda en evidencia cómo Pfandl se encuentra profundamente identificado con el discurso del Padre Nuñez y no se coloca en el sitio de un estudioso de la literatura y menos aún de alguien que pretende acercarse desde el psicoanálisis a la obra de un autor.

La adjetivación pfandeliana de los fenómenos psíquicos resulta también impertinente, inapropiada: aún aceptando que Sor Juana tuviera un afán de cavilar: ¿Por qué calificarlo de horrible? como lo hace en el siguiente pasaje:

...el horrible espectro del neurótico afán de cavilar se halla precisamente en el fondo...

Por un adjetivo se demerita la descripción. Y es que ese adjetivo pone en evidencia un sentimiento moral, implica una posición de juicio. Y no hay duda de que colocados en la disyuntiva, se prefiera leer a Sor Juana. Las afirmaciones de Ludwig Pfandl ofrecen numerosos flancos para ser refutadas, entre otros motivos porque las construye por partes, gradualmente. Una afirmación se complementa más adelante con otra que la matiza y la pone en un lugar más justo. Y devuelve, en ocasiones, a los fenómenos que describe su complejidad. A fin de cuentas, el trabajo de Pfandl pertenece más al terreno de lo paradójico que al de lo unitario. Este es justamente el sentimiento predominante del lector del estudio de Pfandl: nos encontramos ante una serie de paradojas irreconciliables.

Cuatro puntos cardinales

Pfandl utiliza cuatro ejemplos relatados por Sor Juana en la *Respuesta a Sor Filotea* para ilustrar su tendencia a la cavilación. Pero Pfandl no explota esos cuatro ejemplos, (los cuales, sea dicho de paso, habían sido una y otra vez citados por la crítica pero nunca habían sido objeto de un asomo de interpretación) con algo que me parece evidente: por un lado, con la necesidad de Sor Juana de separarse del grupo, y de desviar, y dar un curso diferente a lo que parecería no tenerlo del todo, ser absolutamente irrelevante. Los cuatro ejemplos, desprovistos de inscripción en la historia, ficcionalizan elementos de la vida cotidiana, y los introducen por la vía de la subjetividad en la literatura. Lo que no aparecía como narrable, como digno de literatura, simplemente por ser tratado por Sor Juana, en el contexto de la *Respuesta*, ya se transforma en otra cosa. Y de tal manera entra el juego infantil de los alfileres, la vida en el convento, las condiciones y las diferencias sociales en la comunidad de las monjas, la cocina, en la literatura novohispana. Esos objetos opacos, indignos, o simplemente no pertinentes, son capturados por la escritura. Y lo asombroso es que Sor Juana los haya incluido dentro de algo que tampoco existía: una historia personal de una mujer: no en tanto que héroe, o personaje, sino en las redes de un deseo individual, en tanto que relación de una diferencia, y de una toma de conciencia de esa diferencia. Si Sor Juana emprende ese relato es para justificar “lo natural” que ha sido para ella dedicarse al estudio y a la observación. La *Respuesta* es casi la última palabra de Sor Juana que conocemos, por lo menos históricamente este es el caso¹⁸. Y por denunciar

18 Elías Trabulse citó en su conferencia del Coloquio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz y sus contemporáneos, el 23 de noviembre de 1995,

el deseo exhibicionista como lo enfatiza Pfandl, del cual en todo caso seríamos más bien deudores, vamos a olvidar una *Respuesta a sor Filotea*.

Paradojas

Debo confesar que he oscilado en este texto entre la crítica y la defensa, tímida y ambigua, de Pfandl, o por lo menos en un llamado a un acercamiento menos condenatorio de su obra que siendo la última y siendo póstuma debe ser considerada como su herencia. No he mencionado ni la misoginia de ciertas opiniones de Pfandl ni sus aventuras, o más bien desventuras, con la teoría de la constitución física y la relación directa con la psique, aspectos por los cuales Pfandl es particularmente atacado. Si bien es cierto que muchos puntos de la obra de Pfandl no son rescatables, es indudable que acercarse a su obra invita a reflexionar, aunque sea por oposición, sobre muchos aspectos de Sor Juana: el compromiso con el que Pfandl se introdujo en el terreno de Sor Juana, la manera tan apasionada en que reflexionó sobre la monja jerónima dejaron en su libro una huella que invita a releer la obra de Sor Juana y, a pesar de todo, no se deja de sentir cierta admiración por Ludwig Pfandl. La pasión de Pfandl por Sor Juana es notable. Y al mismo tiempo condenable si a tales extraviados resultados lleva. Pfandl es un caso límite que obliga a reflexionar sobre la utilidad de la crítica, sus límites, alcances y peligros.

en la Facultad de Filosofía y Letras, quince legajos de manuscritos que se encontraron en la celda de la monja jerónima.

Desde el subtítulo se encuentran tres elementos: vida, poesía y psique. No están unidos, sino yuxtapuestos. Parecen islas independientes, pero el mismo subtítulo parecería revelar este deseo de no dejar un sitio libre desde el cual se pudiera abordar a Sor Juana: son los tres aspectos fundamentales y no conozco aún a alguien que haya propuesto algo diferente. No puede alguien comprometido en la crítica no resentir todo el tiempo un reconocimiento por el esfuerzo intelectual del Pfandl y al mismo tiempo que ello haya sido tan errado. No ver con sorpresa cómo se desvió incluso de lo que era su objetivo consciente para seguir otro camino. Era evidente que deseaba demostrar algo: que Sor Juana no era una santa. Y por ello se apartó de las tesis freudianas, y prefirió optar por lo no psicoanalítico y terminar en el terreno de lo constitucional.

En su texto indudablemente hay algo rescatable. Lo confirma el hecho de que Pfandl sea un autor tan citado, aunque, quizá poco leído. A pesar de todo, Ludwig Pfandl es una parte fundamental del universo de los estudios sobre Sor Juana.